

Todo se hizo como Lucía indicó, y á las ocho de la noche, cuando aquélla y su hermano se ponían á la mesa, llegó una carta, que decía así:

«Caballero: Han traído á mi casa un cuadro que lleva su firma de V. Sin duda está de venta, y V. pensó que podría convenirme adquirirlo. Me gusta, y quizás me decida á comprarlo si nos arreglamos en el precio. Puedo recibirle hoy mismo á las nueve.

» DIANA DE LIMOURS. »

—¿Qué te parece? (replicó Jorge enseñándole la carta á Lucía.) ¡Hase visto insolencia!....

—¿Y qué te importa si has logrado tu objeto?

—¡Tienes razón!....

Á las nueve en punto, el pintor entró en el palacio de la duquesa de Limours.

XXV.

Sucede con mucha frecuencia que las personas más tímidas por naturaleza, los que más fluctúan antes de resolverse á tomar un partido, una vez formado el propósito, desenvuelven una resolución inaudita. Así se explica la firmeza con que Jorge Fontaine penetró en casa de la duquesa de Limours, considerándola á su nivel, si no por nobleza de sangre, por educación al menos; por eso el lujo y el aparato que rodean de ordinario á las mujeres de elevada categoría no le deslumbraron ni despertaron en su ánimo la más leve sombra

de timidez. El artista desapareció para ser sustituido por el hombre de mundo que, si de algo nuevo se admira, encubre su admiración bajo las formas de la mayor indiferencia.

Dió su nombre al portero que le salió al encuentro, advirtiéndole que la señora le esperaba, y con paso seguro y continente altivo subió las escaleras y penetró en el vestíbulo, en el momento que dos golpes del timbre anunciaban su llegada. Al entrar, varios lacayos, con vistosas libreas, se pusieron en pie; y se disponía á repetirles lo mismo que dijo en la portería, cuando un ujier vestido de etiqueta le atajó, diciéndole al paso que le ayudaba á quitarse el gabán:

—La señora Duquesa tiene dada la orden de recibir al señor. Si V. S. tiene la bondad de seguirme....

Y abrió una gran puerta que comunicaba el vestíbulo con el primer salón, precediendo al huésped.

Atravesaron esta estancia, y otras dos aún mayores, todas alhajadas con exquisito gusto, y cuyas altas paredes estaban cubiertas de cuadros de mérito, y al llegar

á la última puerta, el criado alzó la *portière*, y dejando paso libre al pintor, dijo con voz sonora y campanuda: «El señor Fontaine.» Jorge penetró sin vacilar, y se encontró en un gabinete lujosísimo, especie de *boudoir* coquetón, y alumbrado por una sola lámpara, cuya bomba estaba recubierta por una pantalla de encaje.

Junto á una pequeña mesa que sostenía la luz, estaba sentada Diana, vestida de terciopelo negro, y con un libro en la mano. Al penetrar Jorge abandonó su tarea, colocó el volumen en que leía sobre la mesilla, y con aire indiferente abarcó al artista con su mirada de reina.

—Hágame V. el obsequio de sentarse, señor Fontaine, y, si le parece, hablaremos del cuadro que me ha enviado, — dijo.

Y mientras el joven obedecía, ocupando una butaca enfrente de ella, exclamó con rudeza:

—Por lo visto, pretende V. haberme retratado.

—Es cierto, señora. Ese fué mi propósito.

—Mejor que retrato puede llamarse un bosquejo.

—No pretendo que merezca mayor categoría.

—¿Y desea V. venderle quizás?...

—No. Mi propósito fué tener el honor de ofrecérselo como un obsequio ó un testimonio de....

—¿Con qué título? ¿Con qué derecho?

—interrumpió la Duquesa con altanería. Fontaine la miró á su vez con igual altivez, y repuso enérgico:

—Á título de testimonio de amistad con Pedro de Morlain.

Estas palabras, que fijaban los términos de la cuestión y determinaban el comienzo de la lucha, no hicieron gran mella, aparentemente al menos, en el ánimo de la Duquesa. Diríase, por el contrario, que le habían infundido mayor energía, porque miró á su interlocutor con más profunda fijeza. Sin duda, antes de lanzarse, quería conocer mejor á su adversario. Tras corto silencio, como si no hubiese oído el nombre de su amante ni comprendiera el sentido de las frases de Jorge, sonrió con aire de benevolencia, y dijo con tono ligero:

—¿Cómo pudo V. retratarme tan pare-

cida? Porque no recuerdo haberle visto el tiempo suficiente para....

—En efecto, señora; no tuve la honra de que voluntariamente se prestara V. á que la retratase. ¡Sorprendí el gesto y la actitud!.... ¡Es V. tan hermosa!.... Perdóneme que me atreva á decirle todo lo que me parece; es el artista, no el hombre, quien habla. Tanta belleza me impresionó, y pude, si no reproducirla en el lienzo, al menos dar una idea de ella.

—¡Gran memoria se necesita! Posee V. una habilidad y ejecuta con una rapidez pasmosa.... —dijo Diana con acento un tanto burlón.

Jorge se inclinó sin responder.

—Cuando me envió V. el retrato, fué porque hacía mucho tiempo que me conocía, ¿no es eso?

—No, señora. Pinté una mujer que llamó mi atención por muchos conceptos, pero sin conocer su nombre ni sus antecedentes. Ayer convoqué á unos amigos para enseñarles mi obra, y uno de ellos, el marqués de P.... que, si no me engaño, frecuenta esta casa, fué quien me dijo el nombre de mi desconocido original.

— Y V. se congratularía por ello, ¿verdad? Porque había logrado su objeto único, conocerme, saber mi nombre....

— Es verdad. ¿Por qué negarlo?

— El medio es ingenioso, y no está al alcance de todo el mundo. Pero abusa V. algo de su gran talento.

— También lo reconozco. Mas no me duele. Son represalias justísimas. Abuso por abuso. V. abusó de mi estúpida credulidad el día en que me aseguró que era la baronesa de Ligny, y que vivía en el boulevard Haussmann, núm. 40....

Este segundo ataque, tan brusco como el primero, no produjo mayor efecto que éste. Diana lo rechazó con frialdad, sin inmutarse. Saltaba á la vista que estaba resignada á todo, y todo lo esperaba mientras no pudiera atacar á su vez.

— De modo (dijo), que sus amigos de V., y entre ellos el marqués de P...., creen que le serví de modelo acaso en su propio estudio....

— No; creen sencillamente lo que les dije. Que una casualidad produjo una semejanza tan perfecta como inesperada, ó que un recuerdo vago inspiró mi cuadro.

— ¿Eso es absolutamente exacto?

— Palabra de honor, señora....

— Bien: me conformo. Pero supongo que no se habrán contentado con decirle á V. mi nombre. Habrán hablado de mí. Acaso alguno de ellos habrá hecho mi retrato moralmente, por análogo procedimiento que V. empleó para copiar mi rostro.... Quizás V. les habrá preguntado.... Tenía V. mucho interés en saber de mí.... y.... tengo mucha curiosidad por conocer ese juicio que de mí se tiene formado.

— ¿Por qué había de callarlo? Mis amigos, y sin duda reflejan la opinión pública, la ponen á V. al nivel de los dioses.

— ¿Pero ninguna sombra empaña ese olimpo? — dijo Diana sonriendo con gracia.

— Ninguna. Todas las virtudes que le atribuyen, sin duda con justicia, son completas. Ningún punto negro las oscurece.

— Perfectamente, señor Fontaine (dijo Diana con tono resuelto. Y poniéndose en pie, apoyó el puño sobre la mesa, y prosiguió): Todo eso lo sabía yo. Conozco el juicio que de mí tiene formado el mundo....; y si le interrogué á V...., fué porque deseaba averiguar.... qué pensaba en vista de él....

— No comprendo....

— Es decir, que no ve V., no comprende....

— No : lo confieso.

La Duquesa miró en torno suyo, para asegurarse de que , cerradas las puertas y echadas las cortinas , no podía ser sorprendida por nadie ; y luego , por un movimiento rápido , se acercó á Jorge hasta donde necesitaba para hacerse oír de él hablando en voz baja.

XXVI.

— Después de conocer esa opinión del mundo , repetida por sus amigos de V. , ¿no ha pensado que lo [que de mí pretende es imposible? (dijo con acento brusco y nervioso.) ; Querer que la duquesa Diana de Limours , respetada , honrada por todos cuantos la conocen , caiga de su pedestal para hundirse en el lodo , para ser ludibrio de las gentes , para convertirse en presa de la maledicencia , es una insensatez!.... No puedo , no haré lo que V. se propone. ¡Oh! Sería horrible para mí presentarme delante de

un juez de instrucción y luego ante un público ansioso de cebarse en mi honra, para decir: «Pedro de Morlain es inocente. Cuando se perpetró el crimen que le imputan, estaba conmigo en una casa, donde acudía yo para arrojarme en sus brazos como una mujerzuela!...» ¡Nunca haré eso! ¡Estoy muy alta para que la caída no me arredre! ¡V. sólo piensa en él; yo pienso en mi familia, en mi marido, en el círculo social á quien me debo!... ¡Pienso en mí! ¡Qué se diría!... ¡Qué vergüenza tan grande para una mujer como yo!...

Animada por momentos, se acercó poco á poco á Fontaine, y, sin querer, le tocaba casi el rostro con el suyo propio; su aliento le acariciaba el semblante y parecía como si le abrasase la piel. La duquesa de Limours había desaparecido con la altanería y la compostura estudiadas. Quedaba la mujer que se defiende por instinto de conservación, con la elocuencia y el interés que presta el temor á un grave peligro, á un riesgo inminente de perder la reputación y el buen nombre.

Tal era su agitación, que hubo de interrumpir su discurso; se irguió de nuevo,

miró temerosa en torno suyo, y apenas tomó aliento, prosiguió:

—Comprenda V. que hay mujeres á quienes no es dable exigir lo que otras harían á costa de un pequeño esfuerzo. Según las circunstancias, varían los intereses. Las hay que, ya comprometidas, pueden dar un paso más sin gran dificultad; otras, al perjudicarse, no envuelven ajenos intereses. Yo tengo muchísimo que perder: consideración social, el puesto que ocupo, merced al rango que debo á mi nacimiento, á mi matrimonio y á mis parientes.... Al echar sobre mi frente una mancha, todos los que llevan mi nombre se verían envueltos en mi oprobio. La otra noche podía V. hablarme como lo hizo; me tomó V. por una baronesa, cuyo título merecía más bien burla que respeto, y era muy natural que me dijera: «salve á mi amigo.» Pero hoy que me conoce, ¿cree que debo sacrificarlo todo, cuando vale tanto?

Jorge vaciló. Diana esperaba ansiosa su contestación, y al ver que se retardaba, prosiguió, cambiando de tono, con violencia, pero sin alzar la voz:

—Y si bien se mira, ¿qué derecho tiene

V. para exigirme de *motu proprio* lo que Morlain rehusa, y estoy seguro que lo rehusará siempre? Si yo quisiera hablar y comprometerme, me lo prohibiría, diciéndome: «El día que consentiste en amarme, acepté las consecuencias todas de un amor en que cifraba toda mi dicha, pero que también podía acarrearle pesadumbres, y aun peligros, como todas las acciones irregulares.» Sí; dada su lealtad, y supuesto su conocimiento del mundo, así hablaría si nos escuchara. Y habrá de perdonarme que le diga que me parece impropio de V. mezclarse en asuntos tan íntimos de su amigo, sin consultarle antes, porque se expone mucho á incurrir en su desagrado.

Dominado por la influencia de la Duquesa, lleno de turbación al sentirla junto á él, respirando casi su aliento, percibiendo casi el calor de su cuerpo, Jorge no sabía qué decir. Hubo de hacer un gran esfuerzo para murmurar:

—¡De suerte que quiere V. que el infeliz Pedro, inocente como está, sea condenado á perder la libertad, ó quizás la vida!....

—No. No será ni uno ni otro, —repuso Diana irguiéndose.

Y volviendo á ocupar su asiento junto á la luz, prosiguió:

—Exagera V. el peligro; no procede en este caso como requiere su importancia real. Sin duda obedece V. á una influencia extraña...., acaso la de su hermana de V...., de la cual me habló Morlain muchas veces. Joven ó impresionable, le impulsa hasta más allá de los límites de lo razonable. Por interés del mismo Pedro, no conviene que me deje yo extraviar por su impaciencia de Vds. Imaginemos que me prestara á lo que se propone, y fuera en casa del juez y le dijera: «El señor Morlain rehusá declarar la verdad, y vengo á hacerlo yo en su nombre. La noche esa, que, según suponen Vds., la pasó junto á Laura Vivian, estaba conmigo, porque es mi amante.» El juez, ¿piensa V. que me creería? «Es muy hermosa la acción de V., señora (me diría), y la admiro. Ama V. al presunto asesino, y pretende salvarle á cambio de su propia reputación. Pero, como V. comprenderá, no me basta con sus afirmaciones; necesito pruebas reales.» Y ¿cuáles podría aducir? ¿Quién nos

vió entrar en aquella casa, dispuesta para encerrar un secreto, y aislada y desierta para que nadie pudiese sospechar que lo guardaba? ¿Quién afirmaría que estaba conmigo? Yo. Yo sola; la interesada en que se me creyera. Pensarían que trataba de extravíar la acción judicial; me haría sospechosa, y, lejos de aminorar el interés de la policía, lo acrecentaría más al oponerle obstáculos, y en vez de emplear mi influencia en beneficio de nuestro amigo, le perdería, inutilizándome. Además, ¿quién sabe si á estas horas está descubierto el verdadero criminal? Morlain no es ciertamente; es otro, y á este puede prendérsele cuando menos esperemos. ¿Duda V.? ¿Piensa que la justicia, creyendo tener á buen recaudo al asesino, no persigue á otro? Pues bien: ¿por qué en lugar de pedirme que me sacrifique no le busca V. mismo? ¿Halló más cómodo penetrar mi secreto, sorprenderme! ¡Eso no es noble, ni justo, y no cuenta V. conmigo para seguir un peligroso camino que envuelve mi pérdida.... acaso estérilmente!.... Pero si esto no me conviene, acepto con gusto una parte de trabajo para salvar al inocente, entregando á los tribu-

nales á un culpable oculto por la fatalidad. En ese terreno estoy á su disposición, amigo Fontaine.

Jorge había dejado caer la cabeza sobre el pecho; no contestaba ni se defendía, porque no sabía qué decir. Diana se levantó de nuevo, y fué á ocupar otra vez la butaca inmediata á la del joven. Continuó su defensa; pero había en sus palabras algo nuevo, algo que persuadía, que arrastraba.

—¿Quiere V. que nos pongamos de acuerdo y hagamos frente á la situación, conspirando juntos para adivinar dónde se esconde el infame cuyo puesto ocupa Morlain? Conviértase V. en mi aliado; no le quiero adversario.... Mis declaraciones dejarían dudas, mientras que, descubierto el verdadero criminal, nuestro amigo se verá libre, y yo con mi reputación incólume.... ¿Acepta V.?....

Fontaine abrió los ojos, y su mirada se cruzó con la ardiente mirada de Diana. Iba á hablar; ella lo comprendió, y arriesgó el último recurso.

—Ansío saber qué resuelve V....—le dijo con acento indescriptible.

—Haré lo que V. quiera....—murmuró